

BIANCA THOILLIEZ

CONSERVAR LA EDUCACIÓN

Prólogo de **DIEGO S. GARROCHO**



Bianca Thoilliez

Conservar la educación

Prólogo de Diego Garrocho



© La autora y Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2025

Prólogo de Diego Garrocho

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, n° 174

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: TG-Madrid

ISBN: 978-84-1339-246-2

Depósito Legal: M-16216-2025

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Prólogo. Esperanza educativa	7
------------------------------------	---

CONSERVAR LA EDUCACIÓN

Introducción. Lo que puede conservarse	13
I. Practicar la enseñanza.....	23
II. Herederos antes que constructores	47
III. Preservar los bienes escolares	73
IV. Variaciones frente a innovaciones.....	97
V. Esperanza curricular	129
Epílogo. Nueva carta a la escuela española.....	153
Notas.....	159

PRÓLOGO

ESPERANZA EDUCATIVA

Una crisis educativa es, siempre, una crisis de época. Pocas cosas revelan con mayor claridad el inconsciente de una sociedad que la manera en la que forma, instruye y educa a sus ciudadanos. Ya desde su etimología, la educación implica un tránsito de profundo calado ontológico. La expresión no es azarosa ni exagerada: educar es establecer una pauta de transición entre lo que alguien es y lo que debería ser. Educar es llevar a alguien de un lugar a otro. Es operar una transformación que parte siempre de una intuición moral: la creencia de que merece la pena transformar a alguien para hacerlo no sólo distinto, sino mejor de lo que ya es. Pero no olvidemos que es imposible siquiera inteligir qué significa «mejor» si no manejamos una mínima intuición acerca de la idea de bien. Por eso, la pregunta por la educación es, en última instancia, una cuestión superlativamente moral, política y filosófica.

El educativo es un debate en el que todos nos sentimos convocados por un hecho simple: todos hemos sido educados y, formal o informalmente, todos hemos participado en la educación de otros. Esta experiencia universal se convierte en una tentación cada vez que intentamos resolver los problemas educativos de una vez por todas. El juicio apresurado, la conversión de la anécdota autobiográfica en categoría normativa o los sesgos ideológicos hacen que, con frecuencia, asumamos posturas imprecisas y

pobremente fundadas. Es sabido que cada español lleva dentro un seleccionador de fútbol. Lo que no siempre reconocemos es que también llevamos dentro, sin saberlo, a un ministro de Educación. En ambos casos, lo más probable es que no tengamos mucha idea de qué estamos hablando cuando proponemos soluciones simples o abruptas.

Los debates educativos son profundamente radicales, pues no se limitan a cuestiones instrumentales: afectan a la naturaleza misma de lo que supone enseñar. Preguntas como quién enseña, cómo se enseña, para qué se enseña o qué debe ser enseñado están cargadas de implícitos que es preciso desvelar si aspiramos a una conversación transparente sobre el hecho educativo. La educación, como el Dios de Aristóteles, tiende a pensarse a sí misma. Y este libro es una prueba admirable de cómo es posible reflexionar teórica y filosóficamente sobre ella.

Desde hace décadas, quienes enseñamos profesionalmente —aunque sea en la universidad— hemos sido testigos de cómo a la educación se le ha usurpado su campo semántico. La gran tradición que reflexionó sobre la enseñanza, desde Platón, ha sufrido una violencia conceptual: vocabularios ajenos han exiliado categorías que seguían siendo válidas. Los debates pedagógicos actuales están atravesados por términos extraños, desde lo gerencial hasta lo psicológico, sin excluir un emotivismo que frisa lo absurdo. Este desplazamiento no sólo afecta al lenguaje: altera las categorías con las que pensamos la realidad educativa.

Todos asistimos al extravagante rumbo que las buenas intenciones —y cierta ignorancia militante— han impuesto a la pedagogía. El lenguaje competencial, el fetichismo de la innovación o la simplificación de dilemas morales han colisionado con intuiciones elementales de la enseñanza clásica. La impugnación de la memoria o la relativización de los contenidos resultan cada vez menos defendibles en círculos cultivados. La jerigonza *pedagoga* ha dañado no sólo la calidad educativa, sino también nuestro tejido

civil y político. Ahora bien, el exceso contrario —el apego ciego a la tradición— tampoco parece un camino transitable. Nuestra cultura democrática ha alcanzado conquistas que no sólo merecen celebración, sino una defensa activa.

Este libro de Bianca Thoilliez hereda del pragmatismo la impugnación de los falsos dilemas. Desde Platón a Hegel, pasando por las antinomias de Kant, la contradicción ha sido una premisa para elaborar síntesis. La forma en que Thoilliez diagnostica los problemas y, sobre todo, su libertad intelectual para sintetizar paradigmas, ideas y conquistas de corrientes diversas demuestra que el debate educativo conserva vías tan inexploradas como imprescindibles.

Tal vez sea deformación profesional, pero en estas páginas no es difícil reconocer voces clave de nuestra tradición filosófica. A veces explícitas y críticas; otras, entreveladas o discretamente aludidas. Este ensayo asume una misión restaurativa, incluso terapéutica, al servirse de categorías clásicas de nuestra tradición cultural —y, si se me permite, civilizatoria—. La mención al amor como energía transformadora o la denuncia de la proscripción del pasado dan cuenta de la originalidad de un texto en el que la autora toma posición sobre lo que Ortega llamaría el «tema de nuestro tiempo». Pero la educación no es solo el tema de nuestro tiempo: es el lugar donde confluyen los anhelos, intuiciones y aspiraciones de una sociedad. También, por supuesto, sus complejos, prejuicios y modas. Es, si se prefiere, un tema central en todo tiempo y en toda circunstancia.

Más allá de su potencia intelectual, este libro es un ensayo bellamente escrito. Ese compromiso con la forma recuerda —vía Platón o san Agustín— la secreta y eficaz alianza entre alguna forma de bien, la verdad y la belleza. Algunos piensan que hay motivos para desconfiar de estas categorías, pero tampoco podemos desecharlas con la ligereza que desearían. Este libro lo prueba. En su escritura, más allá de la solvencia científica, se expresa una fibra

moral y estética que comparten quienes han pensado la educación con responsabilidad. Hay diagnósticos de coyuntura, sí, pero también se conservan categorías que mantienen su vigencia porque, hasta ahora, no hemos encontrado alternativas mejores. Respetar la tradición es distinguir lo que merece ser conservado de lo que puede ser mejorado. Por eso Thoilliez habla de la necesidad de tensionar el canon, sin romperlo.

Sospecho que este libro —como cualquier otro— no puede desligarse de la circunstancia desde la que se escribe. Es evidente que nos encontramos al final de algo, aunque no sepamos aún qué forma tendrá el tiempo nuevo. Si la posmodernidad anunció el colapso de los viejos paradigmas, hoy incluso la teoría crítica parece haber caído en obsolescencia. Tan pocas cosas quedan en pie que podríamos dudar incluso del propio derrumbe.

La pérdida de sentido, como recordaba Camus, es también una oportunidad. Porque la carencia puede ser, como tantas ausencias, el punto de partida de un deseo transformador. Devolver a la educación su sentido nos brinda una ocasión que se mueve entre la construcción y el descubrimiento. Por eso uno de los hallazgos más inspirados de este texto es entender el currículum como «una manifestación institucionalizada de la esperanza». A lo mejor eso es, precisamente, la educación: una forma de esperanza. Y la esperanza, en castellano —como recordó Gide y retomó Laín Entralgo—, guarda íntima relación con la espera. Una espera que mira hacia el futuro pero que encuentra sus razones en lo que ya ha acontecido.

Tener esperanza es también saber esperar. Pero no se trata de una espera pasiva: es una espera activa, en la que el tiempo por venir no se aguarda de brazos cruzados, sino que se construye mediante una acción que nos hace dueños de nuestro destino. No sabemos qué será de nosotros en el futuro. Pero lo que lleguemos a ser dependerá, en gran medida, de lo que hagamos de nosotros mismos.

Diego Garrocho

CONSERVAR LA EDUCACIÓN

INTRODUCCIÓN

LO QUE PUEDE CONSERVARSE

Una de las responsabilidades, y quizá uno de los mejores servicios, de quienes nos dedicamos a cultivar una mirada filosófica sobre la educación consiste en estar atentos a las claves culturales que las enmarcan y atraviesan. A mi juicio, la filosofía de la educación debe ocuparse de lo real, y no aspirar a olvidar la experiencia y la cultura humanas, sino que tendría que ocuparse en explorarlas a través de distintas vías, siendo especialmente indicada la exploración conceptual.

En las últimas décadas, hemos asistido a una progresiva pérdida de vocabulario educativo sustantivo. Conceptos como enseñanza, transmisión, autoridad o contenidos han sido desplazados por términos como facilitación, motivación, acompañamiento o competencia. Este desplazamiento no ha sido inocente: ha desarticulado el campo pedagógico como un lugar propio de reflexión, transfiriendo su legitimidad a la economía, la neurociencia aplicada o la gestión estratégica. Pensar desde la pedagogía se ha vuelto, para muchos, incómodo o innecesario.

Escribo, además, desde una preocupación creciente ante ciertos debates que, lejos de esclarecer los problemas educativos, tienden a sustituirlos o difuminarlos. Muchos comparten esta sensación: que el lenguaje pedagógico ha sido desplazado por lógicas técnicas, psicológicas o económicas, y que urge volver a poner el

foco en lo que realmente ocurre cuando alguien enseña y alguien aprende. Lo que se suele identificar con «pedagogismo» es, en realidad, pseudopedagogía: un discurso desvinculado de la realidad educativa, sostenido en modas metodológicas que, como en el caso de la LOMLOE, terminan dificultando la tarea docente en lugar de facilitarla, organizarla, orientarla. Muchos profesores no saben cómo aplicar la ley, atrapados en plantillas de Excel y formularios burocráticos, acompañados de formaciones que no siempre responden a necesidades reales. En demasiadas ocasiones, se trata de una pedagogía mal leída, una aplicación superficial de investigaciones valiosas, muchas veces importadas sin mediación crítica desde otros contextos. Frente a este vaciamiento del pensamiento educativo, necesitamos una pedagogía que recupere su espesor intelectual y ético, sin caer en nostalgias ni tecnocracias.

De ahí la necesidad, compartida por muchos, de trabajar por una suerte de «restauración pedagógica». Una restauración que no pretende volver nostálgicamente al pasado, sino reapropiarse de tradiciones que contienen formas de saber, de relación, de experiencia y de palabra que siguen siendo fecundas para pensar la educación. Mi interés por las tensiones entre pasado y futuro, que entiendo en línea con Hannah Arendt como constitutivas de la experiencia educativa, no es nuevo. A lo largo de los años he abordado este problema desde distintos lenguajes, prácticas y registros: desde la crítica a los discursos de la «nueva gobernanza educativa», pasando por el análisis de la profesionalidad docente y la legitimidad del saber escolar, hasta la indagación en formas de experiencia pedagógica olvidadas o marginales.

Este libro es una tentativa de reunir, revisar y articular ese recorrido, asumiendo las tensiones, contradicciones y afinidades que lo atraviesan. Buena parte de las ideas que aquí se desarrollan han ido madurando a lo largo de los últimos años en otros textos que escribí desde lugares distintos, pero con preocupaciones comunes. Algunos nacieron de conversaciones con docentes,

otros de conferencias que luego tomaron forma escrita, y otros más surgieron como intentos de pensar con más calma preguntas que no terminaban de cerrarse¹. Este libro recoge muchas de esas intuiciones, las entrelaza y las somete a nuevas preguntas, con la intención de abrir nuevos espacios para seguir pensando.

Recientemente, Jaume Trilla ha retomado el debate sobre el llamado «pedagogismo», inicialmente conceptualizado por Fernando Gil allá por el 2018², en una serie de artículos aparecidos en *El Diario de la Educación*, donde propone una distinción entre la caricatura del *pedagogista* y el pensamiento pedagógico serio³. Aun desde posiciones y lenguajes distintos, me reconozco en parte de su diagnóstico y me intereso también, como él, por contribuir a un debate pedagógico más razonado y menos polarizado. Comparto su inquietud por la deriva antipedagógica que se limita al insulto o a la descalificación, y a la vez creo que buena parte de la crítica reciente desde el profesorado de secundaria merece una escucha atenta: expresa un malestar con raíces profundas, una toma de palabra que es también un fenómeno de democratización del debate educativo. Tienen mucha razón en mucho de lo que escriben y denuncian⁴. Este libro, sin pretensión de neutralidad, busca tomar en serio ambas cosas: el daño que hacen ciertos discursos metodológicos desvinculados de la realidad escolar, y el valor de sostener una conversación pedagógica exigente, comprometida y abierta. En ese sentido, puede leerse también como una modesta contribución a ese espacio intermedio, en la que entiendo la crítica a los excesos y errores del «pedagogismo» como una oportunidad para reivindicar una pedagogía más situada y atenta, y, por lo tanto, más modesta.

Una referencia fundamental en mi formación intelectual fue, precisamente una conferencia de Jaume Trilla, en marzo de 2004, durante el centenario de la primera cátedra de Pedagogía Superior en España. Yo cursaba mi primer año de carrera y aquel fue mi primer congreso. Comprendí poco, pero algo quedó resonando: su definición del quehacer pedagógico como un atreverse. «Hay que

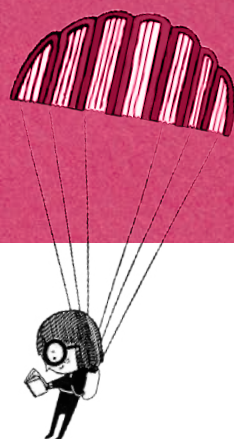
En un tiempo marcado por la aceleración, la presión por demostrar resultados y la fascinación por lo nuevo, este libro propone una pausa crítica. No para detener el mundo, sino para mirar con atención aquello que la escuela aún puede —y debe— sostener.

Con una escritura clara y una mirada exigente, Bianca Thoilliez interroga las formas en que se habla y se piensa la educación, y plantea una defensa serena pero firme de una escuela comprometida con la formación humana, no subordinada a la lógica de la inmediatez.

Conservar la educación no es una propuesta nostálgica. Es una reflexión profunda sobre la necesidad de preservar los valores, los tiempos y los vínculos que hacen posible una experiencia educativa con sentido.

Pensado para un público amplio —desde docentes hasta quienes sienten la educación como un compromiso ético y cultural—, este libro nos recuerda que, a veces, la mejor forma de avanzar es detenerse a conservar lo esencial.

CONSERVAR, LA EDUCACIÓN



Depósito Legal: M-16216-2025

ISBN: 978-84-1339-246-2

